

## Sobre el Rosario

Artículo para «Noticias SS.CC.» 289  
Diciembre 2005, pp. 17-19

Orar es una realidad profundamente personal, y por lo mismo adquiere formas muy diversas de una persona a otra. Cada uno ora de un modo muy personal, al punto que podemos decir que hay tantos modos de orar como personas que oran. Orar es hablar de amor con el Señor, es expresarle nuestro amor a un Dios que sabemos nos ama desde antes de nuestra misma existencia. La experiencia cotidiana nos dice que el amor se puede expresar de modos infinitamente variados: por gestos y por palabras, con expresiones muy materiales o con discursos profundamente espirituales. Prácticamente toda acción humana es capaz de ser expresión de amor a otro, si uno quiere hacerla tal. Algo semejante sucede con la oración.

Si recorremos la historia de la espiritualidad cristiana, a lo largo de los tiempos y a lo ancho de las diversas culturas, podremos constatar fácilmente que los cristianos hanorado de formas muy variadas. Cantar y recitar textos sagrados es una forma de oración recibida de la tradición judía. El silencio de escucha, repetir largo tiempo algunas frases o presentar a Dios nuestra realidad, son formas de oración. Lo mismo peregrinar a lugares sagrados, sea personalmente o en grupo. Ofrecer a Dios objetos, acciones, o compromisos personales ha sido otra forma tradicional de orar. Comprometerse en una vida más fiel a Dios, es otra forma clásica de oración. Las diversas posiciones corporales son formas de oración: de pie, de rodillas, brazos en cruz, postrado en el suelo, etc. Esta lista podría ser interminable; solo deseo ayudar a imaginar la multitud de formas concretas que puede asumir nuestra oración; es decir, formas en que podemos hablar de amor con Dios.

Es en este contexto amplio que debemos situar el rezo del rosario. Se trata de una modalidad muy concreta de oración que nace en plena Edad Media, como una forma de oración ofrecida a aquellos que tenían dificultades para rezar la Liturgia de las Horas, o el Breviario, como a veces se lo llama. La Iglesia heredó del judaísmo la costumbre de rezar los Salmos; al punto que la recitación o el canto de los 150 salmos pasó a ser la oración habitual de los monjes, hasta hoy. Pero para poder recitarlos era necesario saber leer y disponer de un manuscrito con el texto de los salmos. Ambas cosas requerían de un cierto nivel de cultura y de disponibilidad económica. Por lo mismo era un modo de oración casi imposible para los más sencillos y pobres. De allí nace la idea de orar recitando 150 oraciones que fuese posible aprender de memoria. Esta modalidad se inspira en una forma tradicional de oración, como era la de repetir innumerables veces pequeñas oraciones o fórmulas.

Entrando más en lo concreto, el Rosario tiene algunos lejanos orígenes en la primera edad media, que encuentran su primera expresión formal en torno a la figura de Santo Domingo de Guzmán (1170-1221) y a la espiritualidad dominicana. La tradición dominicana dice que la Virgen entregó a Santo Domingo el rosario, enseñándole a rezarlo. En esta misma época va comenzando a configurarse la primera parte del «Ave María» (que recoge el saludo del ángel) como oración, la que se acostumbra repetir muchas veces, intercalando el Padrenuestro. Después de algunos siglos en los cuales hay una enorme variedad de modos de rezar el rosario, el Papa Pío V, en la Bula *Consueverunt romani Pontifices*, de 1569,

sistematiza el rezo del rosario tal como lo conocemos hoy. Pío V era religioso dominico antes de ser Papa, y por lo mismo conocía bien esta forma de oración. Se establece que el Rosario se organiza en secuencias de 10 Avemarías precedidas de un Padrenuestro y concluidas con un Gloria. Se establecen los 15 misterios tradicionales, lo que hace que «el rosario completo» tenga 150 avemarías, como los Salmos de la Biblia. Y quizás lo más importante, en esta época se agrega al avemaría la segunda parte, lo que permite rezar el rosario en forma alternada entre dos grupos de personas, tal como reza el coro de los monjes. Este modo de rezar el Rosario ha tenido como único cambio la introducción de los «Misterios de la Luz» por parte del Papa Juan Pablo II en el año 2002, en el documento *Rosarium Virginis Mariae*.

El rezo del Rosario se comenzó a vincular desde los inicios a un «instrumento de oración» que ya era conocido en la Iglesia: una serie de pequeñas bolitas que permiten ir contando las oraciones rezadas. Y de paso, entretienen los dedos para evitar las distracciones. El rosario, como instrumento físico adquiere la forma que actualmente conocemos en tiempos del Papa Pío V.

Como toda forma de oración, el rosario tiene que ver con un tipo de sensibilidad religiosa. Por lo mismo, no cabe siquiera plantearse la pregunta por su valor «en sí mismo», sino que su valor depende de su utilidad o inutilidad para expresar la oración de una persona en un momento determinado de su vida. El rosario es un tipo de oración que busca ir introduciendo paso a paso en un clima de meditación sobre diversos aspectos de la vida de Jesús; una meditación más vital y experiencial que reflexiva. La reiterada repetición de las mismas fórmulas es una invitación a ir entrando en un ritmo que permita adentrarse en las honduras del misterio cristiano y de la propia vida. Es una oración de serenidad, de reposo, de decantación de experiencias espirituales. Es cierto que este modo de orar no es fácil para el creyente actual, acostumbrado a un ritmo rápido, a la permanente novedad y variación de las cosas, a la reflexión especulativa. Pero al amor expresado a Dios en la oración no puede quedarse sólo en este nivel de la experiencia humana y religiosa, porque es un amor que se cansa y decae cuando desaparece la novedad de las cosas. El camino de la vida hace indispensable ir explorando otras dimensiones de nuestra experiencia, y al mismo tiempo ahondar, decantar, interiorizar mejor muchas de nuestras vivencias. Y para llevar a cabo este proceso, el Rosario ha servido a muchas generaciones de creyentes. Y por cierto puede seguir prestando este servicio en nuestros tiempos.

Eduardo Pérez-Cotapos L. ss.cc.  
28 octubre 2005

**Misterios Gozosos** (*Se rezan los lunes y los sábados*)

1. La Encarnación del Hijo de Dios (Lucas 1,26-38).
2. La Visitación de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel (Lucas 1,39-53).
3. El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén (Lucas 2,6-19).
4. La Purificación de Nuestra Señora (Lucas 2,22-40).
5. El Niño perdido y hallado en el Templo (Lucas 2,41-52).

**Misterios Dolorosos** (*Se rezan los martes y los viernes*)

1. La Oración del Huerto (Mateo 26,36-41).
2. La Flagelación del Señor (Juan 18,36-38; 19,1).
3. La Coronación de espinas (Marcos 15,14-17; Mateo 27,24-30).
4. La Cruz a cuestas (Juan 19,17; Lucas 9,23).
5. Jesús muere en la Cruz (Juan 19,25-30).

**Misterios Gloriosos** (*Se rezan los miércoles y los domingos*)

1. La Resurrección del Señor (Marcos 16,6-8).
2. La Ascensión del Señor (Mateo 28,18-20; Hechos 1,9-11).
3. La Venida del Espíritu Santo (Hechos 2,1-4).
4. La Asunción de Nuestra Señora (Cantar 2,3-6,10).
5. La Coronación de María Santísima (Cantar 6,10; Lucas 1,51-54).

**Misterios Luminosos** (*Se rezan los jueves*)

1. El Bautismo de Jesús en el Jordán (2 Corintios 5,21; Mateo 3,17).
2. Las bodas de Caná (Juan 2,1-12)
3. El anuncio del Reino de Dios (Marcos 1,15; Marcos 2,3-13; Lucas 1,47-48).
4. La Transfiguración (Lucas 9,35).
5. La Institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual (Juan 13,1).